

La creación de personajes en Benito Lynch

Entre los novelistas argentinos de nuestra hora, sobresale Benito Lynch por su penetración psicológica. Sus personajes no se dibujan fácilmente, son criaturas vividoras. Y no se forjan criaturas vividoras sin penetración psicológica.

En **Los Caranchos de la Florida**, su revelación, tres personajes se destacan: don Pancho, don Panchito y Marcelina: padre, hijo y causa inocente de la tragedia que termina con ambos.

Realista puro, dió con Pancho y con Panchito dos retratos, dos aguafuertes de perfiles velazqueños. Retratos porque los ha pintado como si estuviera viendo a los ejemplares vivos.

Unas cuantas plumadas le bastan para mostrar al hombre por fuera: don Pancho tiene los labios delgados, los ojos pequeños y pardos. Lleva, al iniciarse la acción, un traje de brin listado y botines amarillos sin atar. Como hace calor, se ha desprendido el cuello de la camiseta y "deja ver el pescuezo robusto invadido por la maraña tordilla de la barba".

En la pintura del hijo es menos económico en detalles: "Panchito tenía los mismos ojos azules y el mismo cabello rubio de la difunta Clara. La nariz no. La nariz y la boca eran idénticas a las de su padre, nariz aguileña y aguda como el pico de los caranchos y boca pequeña de labios finos". Los cabellos, agrega más adelante, eran escasos. En otro pasaje acentúa sus rasgos físicos, siempre como si los estuviera copiando del natural: "tiene la cara pálida y las profundas ojeras que aureolean sus ojos pequeñitos y malos, hacen parecer más ganchuda y más brava aquella nariz, semejante al pico de los caranchos".

Marcelina, como tira a lo genérico, es más tipo que retrato; es la morocha **standard** de nuestro campo, la "china" un tanto idealizada con que topamos en casi todas las agronovelas rioplatenses, belleza criolla con mucho de moruno o de andaluz. El novelista va esparciendo a través del libro noticias sobre su físico, con ayuda de las cuales el lector, subconscientemente, construye su síntesis. Primero dice que es morena y de cabellos renegridos y ensortijados. Y

páginas después, que luce "grandes ojos aterciopelados y profundos". Y más adelante, que los dientes son diminutos y la mano regordeta. Y, finalmente, que tiene "cara de virgen" y en ella "dos hoyuelos armoniosos". Completa la estampa encareciendo "la curva triunfal, el pie diminuto, los brazos redondos".

Si pasamos a lo espiritual, el mismo procedimiento. El autor nos va informando, como al descuido, acerca del genio de sus personajes, genio diabólico en el padre y en el hijo. (Es curiosa la predilección de Lynch por los caracteres fuertes). Don Pancho es violento, "peligrosamente impulsivo", misántropo, corajudo, injusto y soberbio. Es de aquéllos que gozan cómo humillen al prójimo.

Panchito es su otro yo. Perverso, impermeable a la amistad, suspicaz, mal pensado: todos los hombres son para él "trompetas" y sinvergüenzas. Medular como su padre, arreglaría las cosas "a patadas". Vive amenazando con "romperle el alma" o la jeta, a todo el mundo. Es misántropo también él: la gente "le revienta". En cuanto a las mujeres, no le interesan porque "no hablan más que pavadas". Perc, como todo arisco y desconfiado, se hunde por una mujer hasta los hocicos, y es con ella tímido y rendido como un faldero.

Pancho y Panchito son hombres de ciudad agauchados. En la cocina de la estancia se ha ido descascarando el barniz de educación ciudadana. El paisano en la novelística de Lynch carece de las virtudes del gaucho tradicional: suele ser gandul, sucio, envilecido, taimado y hasta consentido. Por eso agaucharse es descender.

Este descenso se produce en otro personaje de menor volumen, Eduardito. Muchacho de familia, muchacho fino y decente, se trasmuda, por efecto del medio, en un sujeto ordinario, jugador y borracho: "amaba la vida gaucha, le gustaba encanallarse; el trato con los peones tenía para él infinitos atractivos". No hay duda de que la observación directa le ha proporcionado también los elementos de este retrato.

En **El inglés de los güesos**, su segundo gran éxito, hay un binomio central: Mr. James, y Balbina, personajes "creados" más que copiados. Como en los **Caranchos**, Lynch dispersa a lo largo del libro, rasgos físicos del protagonista. Recogidos en haz, aparece una figura de inglés típico, un mocetón "rubio, seco y largo como una tacuara", con "ojos pequeños, de un azul profundísimo", azul de prusia, con labio fino y cara de "cangrejo cocido" y "dedos como ganchos de colgar carne".

Por dentro, Mr. James es un inglés como tantos: flemático, cebral, laborioso, frío, casto, bonachón y un poco egoísta. Lo afectivo yace dormido. En cambio, la voluntad vigila despierta. Gentleman por educación, es incapaz de mentir y de engañar. Mas un día la voluntad se adormece y lo afectivo despierta. Un día, junto a Balbina, frescura de campo, se siente hombre de carne y hueso, y

se pregunta con rabia si "toda su vida había de ser así, inhumana degollación de deseos y un eterno aplastar de flores".

Desde entonces una batalla se libra en su espíritu, una batalla de sentimientos contradictorios: la eterna lucha entre el corazón y la cabeza; por un lado la apetencia, por el otro el deber.

La batalla se decide con el triunfo del deber. No podía ser de otra manera, dado el temperamento de Mr. James. Un latino en su lugar hubiera mandado al diablo las conveniencias y bebido, dromedario en el desierto, hasta saciarse en la fontana fresca que se le brindaba. Pero Mr. James no era un latino, ni un atolondrado, ni un romántico. Por eso su afecto hacia Balbina era "una tela de ñanduty", tela que enlazaba "las guías de una mosqueta con las espinas de un tala".

Balbina es una flor agreste, es un diamante sin pulir. Se manifiesta tal como es, sin los velos de la educación: voluntariosa, lunática, autoritaria, apasionada, irascible y coqueta por instinto. Inteligente y sensitiva, el dolor de amar sin esperanzas le ha dado vida interior.

Por fuera, es la misma morena andaluza de **Los caranchos**. La alindan, como a aquélla, rizos insurgentes de seda negra. Los ojos también se parecen. Morunos, hundidos, aterciopelados en Marcelina, son en Balbina sombríos, pensativos, absortos, cargados de interrogaciones, de nostalgias, de misterios. El cuerpo es igual: pulposo y curvilíneo. Lo que en una es "curva triunfal", es en la otra "comba potente".

En lo psicológico, Marcelina es un escorzo. Balbina es mucho más. Es un corazón de mujer presentado en toda su complejidad.

Las criaturas secundarias de esta novela son también retratos, trasunto de un modelo vivo, personajes netamente diferenciados por rasgos físicos o atributos morales que el autor encierra en un par de líneas. Así doña Casiana — ojos zarcos, carirredonda — tiene el genio tan azogado que cuando comienza a discutir es "como temporal de invierno". De un genio parecido disfruta misia Pacomia, especie de sargentón que se complace en ejercer autoridad sobre sus hijas, y en armar, como una comadre del **Corbacho**, un alboroto por cualquier soncera. Para estas hijas, Liberata y Carmela, solteronas acibaradas, no había deporte más excitante que husmear la vida ajena, rumiarla y triturarla. Interviene episódicamente una viejita curandera, de bondad evangélica, que camina con un "trotecillo menudo de zorrino". Su nieto, Pantaleón, vive a su sombra. El vicio asoma en sus ojos de "sapo pisao". En San Telmo hay un gaucho ladino, vago, de mala entraña; un tipo inferior como los paisanos de **Los caranchos**, a quien redime, sin embargo, su pasión implorante y perruna, aunque es pasión capaz de terminar en homicidio. Felizmente, otro paisano, el padre de Balbina, rehabilita a la casta

tan malparada a través de Lynch: es hombre sano, hogareño y con ideas de viejo hidalgo.

Novela rural también ésta, el hombre de la ciudad — excluido el inglés — aparece meteóricamente y encarnado en un ejemplar poco edificante, en un dueño de estancia de esos que apenas si se arriman al campo, en un **clubman** mujeriego y libertino.

Como se ve, Lynch pinta a los hombres sin escamoteo de flaquezas, sin idealizar. Su concepto realista del arte se lo veda. Y su concepto de la vida: misantrópico, poco optimista, según se desprende de la creación de tanta criatura mala o subalterna. De todo lo cual parece consolarse modelando con delectación amorosa un ejemplar de mujer: Balbina o Marcelina, la flor silvestre de ojos sombríos que aroma las dos novelas precitadas.

En una y otra novela, el paisano apenas gravita: es personaje del montón. Mas deja de serlo para adquirir categoría de protagonista, en una obra posterior, "**El romance de un gaucho**", donde realiza Lynch una faena de análisis poco común, faena de psicólogo intuitivo.

Pantaleón Reyes, héroe del romance, no es el gaucho de la leyenda o de la literatura, sino un criollito de nuestros días, un paria de nuestro campo, un hombre que, víctima de su ignorancia, sólo sirve para "pionar".

En este primitivo estudia Lynch los estragos de una pasión amorosa. Como en las anteriores, hay en esta novela un marcado desnivel de cultura entre los amantes, si bien en aquéllas la rusticidad estaba en la mujer y en ésta en el hombre. El gauchito se enamora de una mujer superior a él. No es la chinita del rancho vecino sino una forastera blanca y pulida. El chúcaro la contempla boquiabierto, "apampao". Le embelesan "aquellos modales tan finos y raros" y se asombra "de aquellos dientitos menudos y apretados como el grano de choclo tierno, de aquellas manos tan blancas". "¡Jué pucha que era linda! ¡Parecía mentira que hubiese cosas tales en el mundo!" "¡Qué ojos, qué boca, qué blancura! ¡Si parecían mesmamente de porcelana aquellas manos y aquella cara!"

En el arte de Lynch, paisaje y ambiente son elementos subordinados, accesorios, complementarios. Con pequeños pincelazos que desperdiga, pone en situación o en clima adecuado a su fauna estética. Para él lo humano es lo fundamental. Y en esta novela lo humano no era de fácil acceso. Nada más complicado que un bárbaro. ha dicho Flaubert en su defensa de **Salambó**. Toda la novela es un tejido de observaciones minúsculas, de gestos, de actitudes, de palabras tartajeadas, que van haciendo luz sobre el alma del bárbaro encamotado.

La preparación de este personaje ha sido procedida de largo entrenamiento. En una de sus novelas cortas, **Palo verde**, va está el hombre, en Sergio Aguilera, paisano bagual, cimarrón y timidazo.

También éste se prenda de una mujer que es su antípoda: tiernita, de dulce mirada azul, de voz casi infantil. Y esta pasión lo sacude, lo tumba, le sirve de revulsivo.

La mujer delicada y víctima de la bruatlidad del hombre o de su incomprensión, es personaje también repetido en el novelario de Lynch. Aparece en la patrona del "**Antojo**". La infeliz vive temblando, con sus grandes ojos pardos "barnizados de lágrimas". Temblando, porque le ha tocado un marido que vive "retobado", clavando como tábanos sus "ojillos autoritarios", gritando con "voz avinagrada" contra las "histericadas" y "macaqueras" de la señora. E insultando a los peones: "¡La pucha que sos animal!"... "¡Cha que sos bestia!".

Y reaparece en doña Julia, la forastera de "**El romance de un gaucho**" a quien el marido — borracho, jugador, haragán — le da una vida de perros.

En **Las mal calladas** Lynch no está en lo suyo. Lo suyo, es el campo y su gente. Novela de ciudad, pero sin atmósfera y con personajes sólo abocetados y escrita en un lenguaje demasiado "fotográfico". Como tantos otros hijos estéticos de Lynch, el protagonista es un violento. Además, un majaçero y un neurasténico. Pero no vemos en su estudio ese manipuleo fino de resortes psíquicos que hacen inolvidables a tantas criaturas de sus novelas rurales.

Carmelo M. Bonet.